

librados. En aquel momento parecía que todo lo mejor estaba fuera, en Italia, en París, en Grecia, en Egipto..., y que el arte español era como de andar por casa. Y cuando, desde las grandezas de Roma y de Italia, pensabas en Velázquez, sabías que había algo impresionante en lo español. Algo que a lo mejor ha ocurrido pocas veces, pero que es una aportación inmensa, a la que tal vez no se le ha dado la importancia que ha tenido, quizá porque no es brillante.

A.- Es verdad, en general apreciamos poco nuestro patrimonio artístico

AL- Porque no tiene ese brillo que pueden tener los franceses. Se ve muy bien en Goya. Nuestro arte va más paralelo a todo de la vida, también a lo gris. Un bodegón de Zurbarán o de Sánchez Cotán pinta unos nabos, un vaso de agua, cosas modestas comparadas con los bodegones holandeses, por ejemplo, que son casi como un supermercado. Si no lo entiendes bien, el bodegón español puede parecerse pobre. Y si no comprendes bien esa austeridad, si no le das un valor moral, que lo tiene, sale siempre perdiendo ante la riqueza y la ostentación. Y eso ha pasado siempre. Por eso yo valoro mucho lo español, muchísimo. Y esa fe en lo español fue lo que a mí me hizo trabajar en una determinada dirección.

A- Con más intimismo...

A.L- Y a la vez creyendo en algo, creyendo en nosotros. No en que somos los más fantásticos, sino en que la tierra, el aire y el sol de nuestra tierra nos han hecho como somos, y tenemos que manifestarlo.

A- Es verdad, durante unos años parecíamos tener cierto complejo, que a medida que salíamos fuera desaparecía. Y está claro que es preferible un bodegón austero, del barroco español...

A.L- Porque tienen un valor moral, tienen un contenido espiritual, son como altares... Cuando eres capaz de verlo, ves también cómo nuestro arte despega frente a todo lo demás. Un vaso de agua, un cesto con naranjas y una sola flor contra un fondo negro significan muchas cosas. Pero para ver eso tienes que madurar mucho y liberarte de muchas cosas, no es tan fácil.

Lo español ha tardado mucho en imponerse. Pensemos en la literatura. Una obra como el Lazarillo o el Quijote, que son un reflejo del mundo, no podían competir con esas cosas brillantes que aparecían fuera. Porque para apreciarlas en lo que valen, para comprender que son un reflejo de la realidad del mundo, es preciso un conocimiento, incluso un desengaño de todos esos brillos,

A. ¿Cómo ve el panorama de la educación?

A.L.¡Uf! Eso son palabras mayores. La educación es en realidad muchas cosas: está la de los educadores, está la de los políticos y está la de la sociedad completa. Y nuestra sociedad está desnortada. Yo creo que todos somos víctimas de eso, y lo refleja la educación. Una cosa es lo que se transmite en las aulas, y otra cosa es lo que hay en la calle y en los medios. Me parece que está en un momento difícil. Creo que nunca ha habido tantos recursos. En relación al hecho artístico, nunca ha habido, por ejemplo, tantas exposiciones de asistencia masiva..., pero se nota que no es únicamente eso. Tiene que haber más cosas.

A. Entonces vamos a trazar un retrato de la sociedad.

A.L. Nuestra sociedad es furiosamente capitalista, y el capitalismo es corruptor y se filtra en todas partes. Al contrario que Grecia, que con muy poco hizo mucho porque tenía una buena orientación y había unos valores básicos verdaderos, yo veo que ahora, aunque sobre de todo, faltan cosas esenciales.

Por otra parte, cosas de mi infancia, como el analfabetismo, han desaparecido. Y eso no evita que se pueda oír hablar a gente joven de una forma horrorosa. Yo me quedo sorprendido. ¿Por qué está ocurriendo esto? Porque no estamos cuidando la finura, la delicadeza, nuestra parte moral, en el sentido más alto de lo que significa moral. Y todo el esfuerzo de un educador parece que se malogra, que se despilfarra. Lo tenéis muy complicado, porque vais caminando frente a la sociedad, y ahora no vas a decir que lo bueno era lo antiguo, porque tampoco lo era. En fin, ¿será el destino del hombre ir siempre dando bandazos?

A- Bueno, parece que siempre ha sido así en la historia.

A.L- Yo tengo setenta años. He vivido en la España de los años cuarenta, tan religiosa, basada en cosas en algún sentido exageradas...

A- En lo religioso

A.L- No sólo en lo religioso, porque el sentimiento religioso todos lo llevamos dentro de una u otra manera..., pero no se trataba de aquello, está claro. Y lo de ahora..., pues tampoco. Tener que vivir en una sola vida ese vaivén. Es como si el hombre no supiera situarse, como si la armonía de las cosas se nos fuera..., como si se nos escaparan siempre las cosas importantes.

A- Los antiguos hablaban de la imperturbabilidad, de saberse mantener siempre en equilibrio...

A.L.- El hombre no sabe lo que es y nunca lo sabrá. Los dioses se han alejado mucho y el hombre se ha quedado muy solo, y a veces no encuentra mucho más sentido a su presencia aquí que el que puedan tener las moscas.

Si el hombre controlara su poder sobre las demás especies..., pero es que está arrasando con cosas verdaderamente sagradas. Somos una especie más aquí. ¿Por qué somos tan prepotentes? Ahora tiene muchos medios para serlo, pero, ¿quién es el hombre para desviar los ríos y para derretir los Polos?

A- Intervenimos demasiado en todo

A.L.- Si la educación, la ciencia van a llevar al hombre a esa desconsideración..., francamente, es para pensarlo.

- A- Y ahí está la educación metida.

A.L.- Eso es. Y no puedes aislarla. Si un hombre no va en la dirección adecuada, su corazón y todo lo que es del hombre va con él, en la dirección que él vaya. Y ahora somos una especie enormemente potente, que puede destruir la tierra o alterar su especie. Eso no ha ocurrido antes jamás en la historia. Y eso se nota en todas partes. La parte positiva es la prolongación de la salud y de la esperanza de vida, y otros aspectos fantásticos, claro.

A. Pero ni siquiera para todos los habitantes de la tierra

A.L. Claro. Creo que hay un camino que es la austeridad. La austeridad voluntaria. Una elección. Porque no somos más felices por malbaratar las cosas.

A: ¿Qué valores son entonces los que podemos transmitir desde las aulas?

A.L.- Los valores éticos, pero incluidos dentro de la misma transmisión de conocimientos, de la impartición de clase. Eso es crucial. Porque con un baúl lleno sólo de conocimientos, el hombre se puede ir a pique. Hay que advertir de todo eso. La solución está en que alce la voz la gente que sabe, que sean esos los que tengan entrada a través de los medios de comunicación, gente que hable con claridad y que advierta de cosas. Que no se tenga miedo al que dice la verdad.

A.- Ya Platón decía que tenían que gobernar los filósofos.

A.L.- Claro. Pero a una persona con las ideas claras se le tiene miedo. Y ella también tiene miedo.

A- A que se la señale.

A.L.- O a que se la castigue. O a que se la convierta en héroe, y entonces tampoco es lo mismo, claro. Discutimos sobre unas fotos concretas y olvidamos que toda la sociedad está así. ¡Bueno, conseguir que todo el mundo esté mal a lo mejor es una forma de justicia!

A- Una sociedad enferma...

A.L.- Tal vez sí. A lo mejor un hombre del siglo XIX te podía decir cosas parecidas. El hombre ha ido cambiando de ideales, creyendo sucesivamente en la religión, en las ideas políticas, y ahora... no sé si en la cultura. Pero una cultura hedonista.

A. Antonio, ¿qué significó para usted el Premio Príncipe de Asturias y el reconocimiento internacional?

A.L.- En el terreno del arte se trabaja siempre con muchísimas dudas. Nada es demostrable. Eres lo que los demás dicen que eres, tanto como lo que tú crees que eres. Necesitas que los demás te den aliento, que te digan: lo que haces merece la pena, sigue con tu esfuerzo... Todos los premios son aliento de la sociedad y son vitales. Sin eso, ya puedes ser Van Gogh... No puedes realizar tu trabajo en libertad hasta que el reconocimiento no llega. Y además, y para mí es lo más importante, te hace sentir útil a los demás. Porque el trabajo de un artista no tiene sentido si los demás no lo aceptan. Ni más ni menos que como los zapatos que hace un zapatero. Los hace para los demás. Si no te aprecian, en realidad no haces más que trastos inútiles, y esos trastos son tu vida, pones en ellos años de tu vida, tu corazón, tu energía...

Pero el premio más importante para mí fue el primero que me dieron: un premio de Educación y Descanso, cuando yo tenía trece años. Ese premio convenció a mi padre de que me trajera a Madrid, que merecía la pena confiar en mí para ser pintor. Ese premio de 300 pesetas, que salió en la prensa provincial un día de verano del 49, cambió mi vida

A- Vino entonces muy joven a Madrid

A.L.- A los trece años, y vivía aquí al lado de la sede de ANPE, en la calle de la Cruz, en la Pensión Peral. Pero no me siento madrileño. Yo soy manchego.

A- ¿Le da pena desprenderte de obras?

A.L.- No. La pintura se hace para los demás. A veces te gustaría conservar algo, pero la verdad es que yo quiero que los demás tengan lo mejor de mí. Y no conozco a ningún pintor que no lo viva de esa manera. Porque lo más triste para un artista es no compartir con nadie. Es

una vocación que se convierte en una profesión.

A. - Es como nuestro trabajo de profesores. Tienes los conocimientos para compartirlos.

A.L.- Yo creo mucho en ese intercambio y recibo mucho también de los demás.

A. - Es buen momento para mandar algún mensaje para los profesores que leen esta entrevista.

A.L.- Yo he sido profesor. Y me ilusiona mucho esa relación con las personas, para la que hace falta un gran amor a la verdad. Merece la pena ese esfuerzo que hacéis, y merece la pena hacerlo lo mejor posible. Estuve cinco años en la enseñanza reglada, en la Facultad de Bellas Artes de Madrid. Lo dejé porque tenía que dedicar toda la energía a pintar. Pero como me sigue gustando mucho esa relación con la gente más joven y que sabe un poco menos que tú, hago talleres. Y para mí son muy importantes y me dan muchísima vida. Quizá porque trato de hacerlo muy bien, de entregarme, que es la manera de conseguir una respuesta. Y soy el primer beneficiario, si no, quizá no lo haría.

A - El contacto con los alumnos es muy enriquecedor. En esencia, lo que ha descrito es la vocación y la maravilla de enseñar.

A.L.- Y no es el peor de los trabajos. Aún con las dificultades de hoy día, en que el profesor no tiene ese poder sobre los alumnos, sigue siendo un trabajo fino. Pero reconozco que mi experiencia docente es con alumnos universitarios y en una carrera enormemente

vocacional, como Bellas Artes, en la que siempre se crea una buena relación.

A - El gran maestro del hiperrealismo, ¿persigue el ideal de la realidad o la realidad como ideal?

A.L.- En todo eso he pensado mucho. Puedo decir sencillamente que la realidad es todo. La realidad es lo que vemos y lo que sentimos, lo que soñamos, tememos o anhelamos. Velázquez trabaja sobre la realidad objetiva. El Bosco o Dante, desde un mundo imaginario o soñado, también reflejan la realidad. Con un cuadro de El Bosco sientes en qué pensaban o qué temían los hombres de su época. Siempre se trabaja sobre la realidad, pero desde muchos lenguajes. El lenguaje objetivo no es el único capaz de reflejar la realidad. El hombre convertido en insecto de Kafka, o El Jarama de Ferlosio son dos aspectos de la realidad. O la cultura egipcia, que ha creado un retrato tan realista como el de Nefertiti y un monstruo como la Esfinge de Gizeh. Todo eso es la realidad, es el hombre.

A- ¿En qué está trabajando actualmente?

A.L.- Ahora, después de dejaros, me voy a un parque de bomberos de Vallecas y desde ahí estoy pintando una vista de Madrid enorme, de cuatro metros de altura.

La pintura a la que alude Antonio está ya terminada y preside desde el mes de junio pasado la Asamblea de Madrid. Nuestra admiración por Antonio López y el agradecimiento por su visita no van a terminar nunca.

